

CESARE PAVESE

*Selección, traducción y nota de*  
GUILLERMO FERNÁNDEZ

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

COORDINACIÓN DE DIFUSIÓN CULTURAL  
DIRECCIÓN DE LITERATURA

MÉXICO 2008

## ÍNDICE

NOTA INTRODUCTORIA	3
LOS MARES DEL SUR	5
LAS MAESTRITAS	8
ENCUENTRO	11
GENTE DESARRAIGADA	12
MAÑÍA DE SOLEDAD	13
TRABAJAR CANSA	14
EL VINO TRISTE (Segunda versión)	15
CREACIÓN	16
MUJERES APASIONADAS	17
REGRESO DE DEOLA	18
COSTUMBRES	19
SUEÑO	20
EL AMIGO QUE DUERME	20
EL PARAÍSO SOBRE LOS TEJADOS	21
LA CASA	22
TU TAMBIÉN ERES COLINA	22
Y ENTONCES NOSOTROS, LOS VILES	23
VENDRÁ LA MUERTE Y TENDRÁ TUS OJOS	24
LAS MAÑANAS TRANSCURREN CLARAS	24
THE CATS WILL KNOW	25

## NOTA INTRODUCTORIA

En lo que va del siglo, pocos libros de poesía italiana se han leído y analizado tanto como *Lavorare stanca* (Trabajar cansa), el primer libro de poemas de Cesare Pavese, cuya primera edición (Ed. Solaría, Florencia, 1936) aumentó el autor en la segunda (Ed. Einaudi, Turín, 1943), dándole el carácter de *edición definitiva*. En ésta incluyó seis poemas escritos entre las “paredes de aire” de Brancaleone Calabro, una aldea donde fue confinado durante siete meses por su militancia antifascista.

La aparición de *Trabajar cansa* presentó una alternativa opuesta al *hermetismo* imperante en la poesía lírica italiana de esos años y preparó el terreno a las nuevas y distintas poéticas que proliferan en ese país después de la segunda posguerra. Con este libro aportó a la lírica el *poema-narración*, una poesía “clara, simple y objetiva” de carácter polémico y en contra de los recursos retóricos y amaneramientos formales, de las amañadas disposiciones tipográficas —viejas ya en esos tiempos—, de la métrica y la rima tradicionales.

Con *Los mares del sur* —el primer poema de ese libro y que él consideraba “lo mejor que se estuviese escribiendo en Italia”—, sienta las bases de lo que será su trabajo poético futuro. Los requerimientos narrativos lo inducen a elegir los versos de doce, trece y más sílabas con ritmo dactílico, en lugar del endecasílabo tradicional en casi todos los *poemas-narración*, empleando el tono coloquial del habla piamontesa.

Los personajes son prostitutas, maestritas, pordioseros, campesinos, noctámbulos, borrachos, vagabundos solitarios que atraviesan plazas y calles desiertas, buscando el inexistente camino del retorno, sin más porvenir que el de sus propios recuerdos, inconscientemente inmersos en su “inmadurez” de adolescentes, en el *mito* fundamental de la infancia del mundo. Todos ellos son seres silenciosos que saben escuchar “el silencio que dura”, el silencioso discurso de los dioses remotos: “Callar es nuestra virtud...”; “Algún antepasado nuestro debió estar muy solo / —un gran hombre entre idiotas o un pobre loco / para enseñar a los suyos tanto silencio...”; “Aquí, en la oscuridad, solo, / mi cuerpo está tranquilo y se siente señor...”; “Caminar por caminar; las plazas y las calles / están solas...”; “Pero este hombre ni mira. Se va a su casa a dormir / y la vida no es más que un zumbido de silencio...”; “Temblaremos de soledad. Pero queremos estar solos”. Todos ellos —él mismo— se cuentan a sí mismos los proyectos de toda su vida, devanando el hilo de un interminable monólogo interior. Trabajadores

ocasionales, desganados, que escapan de casa para vagar por las colinas o a la orilla de los ríos, maravillosos seres improductivos que reconquistan la libertad fumando en silencio; los sobrevivientes de *la edad de oro*.

“La auténtica innovación pavesiana consiste en la demostración —incisiva y activa con frecuencia— de que la experimentación técnico-gnoseológica de la poesía contemporánea no puede detenerse en las formas de la lírica pura... En la inmediata posguerra, la poesía de Pavese se ha significado continuamente como un ejemplo anti-hermético, de concreción realista, de una clara dicción de los personajes, asuntos, situaciones de la sociedad... Los temas que serán típicos del narrador futuro, Las Langas, Turín, las colinas, la ciudad y el campo, la infancia y sus tensiones, sus búsquedas, un gusto entre lawrenciano y dannunziano por una pagana sensualidad de la tierra...”<sup>1</sup>

*Trabajar cansa* principia trazando un círculo que se cierra virtualmente en los *Diálogos con Leucó*, que es, quizás, su obra más profunda y perfecta, indispensable para penetrar en el aterrado mundo pavesiano.

La selección de los poemas aparece aquí en orden cronológico, con el propósito de observar la evolución y el cambio hacia otras formas empleadas posteriormente por Pavese. Asimismo la selección va de *Los mares del sur* a *The cats will know*, el penúltimo poema que escribiera meses antes de su muerte. Los poemas marcados con asterisco se publicaron póstumamente.

Cesare Pavese nació en Santo Stefano Belbo (Piamonte), el 9 de septiembre de 1908. Murió el 27 de agosto de 1950, en Turín.

“Nadie se suicida: la muerte es destino.”

GUILLERMO FERNÁNDEZ

---

<sup>1</sup> Giorgio Barberi Squarotti, *La cultura e la poesía italiana del dopoguerra*, Ed. Cappelli, 1968

LOS MARES DEL SUR

(A Monti)

Caminamos una tarde por la falda de un cerro,  
silenciosos. En la sombra del tardo crepúsculo  
mi primo es un gigante vestido de blanco,  
que se mueve pacato, con su rostro bronceado,  
taciturno. Callar es nuestra virtud.  
Algún antepasado nuestro debió estar muy solo  
—un gran hombre entre idiotas o un pobre  
loco—  
para enseñar a los suyos tanto silencio.

Mi primo habló esta tarde. Me pidió  
que subiera con él: desde la cumbre se divisa,  
en las noches serenas, el reflejo del distante  
faro de Turín. “Tú, que vives en Turín...”  
me dijo, “...pero tienes razón. Hay que vivir la  
vida  
lejos del pueblo: se aprovecha y se goza;  
luego, al volver después de cuarenta años, como  
yo,  
se encuentra todo nuevo. Las Langas no se  
pierden”  
Todo esto me ha dicho y no habla italiano,  
pero emplea lentamente el dialecto que, como  
las piedras  
de esta misma colina, es tan abrupto  
que veinte años de idiomas y océanos distintos  
no han podido mellárselo. Y sube la cuesta  
con la misma mirada abstraída que he visto, de  
niño,  
en los campesinos un poco cansados.

Veinte años anduvo viajando por el mundo.  
Se fue cuando todavía era yo un niño faldero,  
y lo dieron por muerto. Después oí a las mujeres  
hablando a veces de él, como en una fábula;  
pero los hombres, más reservados, lo olvidaron.

Un invierno, a mi padre ya muerto, le llegó una  
tarjeta  
con una gran estampilla verdosa con naves en  
un puerto  
y deseos de buena vendimia. Causó gran  
asombro  
y el niño más crecido explicó con vehemencia  
que el mensaje venía de una isla llamada  
Tasmania,  
rodeada de un mar más azul y feroces escualos,  
en el Pacífico, al sur de Australia. Y añadió que  
en verdad  
el primo era pescador de perlas. Y arrancó la  
estampilla.  
Todos opinaron al respecto, mas coincidieron  
en que si no estaba ya muerto, pronto moriría.  
Luego todos lo olvidaron y pasó mucho tiempo.

Oh, desde que yo jugaba a los piratas malayos,  
cuánto tiempo ha pasado. Y desde la última vez  
que bajé a bañarme en un sitio mortal  
y en un árbol perseguí a un compañero de  
juegos,  
quebrando hermosas ramas, y le rompí la cabeza  
a un rival y también me golpearon,  
cuánta vida ha transcurrido. Otros días, otros  
juegos,  
otros sacudimientos de la sangre frente a rivales  
más huidizos: los pensamientos y los sueños.  
La ciudad me ha enseñado temores infinitos:  
una multitud, una calle me han hecho temblar;  
un pensamiento, a veces, entrevisto en un rostro.  
Siento aún en los ojos la luz burlona  
de miles de faroles sobre el tropel de pasos.  
Entre otros pocos, mi primo regresó  
al terminar la guerra. Y tenía dinero.  
Los parientes murmuraban: “En un año, cuando  
mucho,  
se lo come todo y se larga.

Los desesperados mueren así.”  
Mi primo tiene un semblante resuelto. Compró

una planta baja  
en el pueblo y construyó con cemento un taller  
con su flamante bomba al frente, para vender  
gasolina;  
y sobre el puente, junto a la curva, un gran  
letrero.  
Luego empleó a un mecánico que le atendía el  
negocio  
mientras él se paseaba por Las Langas,  
fumando.  
Entretanto se casó en el pueblo. Eligió a una  
muchacha  
delgada y rubia, como las extranjeras  
que alguna vez encontró por el mundo.  
Pero siguió saliendo solo, vestido de blanco,  
con las manos a la espalda y el rostro  
bronceado;  
por la mañana iba a las ferias y con aire  
socarrón  
compraba caballos. Después me explicó,  
al fallarle el proyecto, que su plan  
había sido suprimir las bestias del valle  
y obligar a la gente a comprarle motores.  
“Pero la bestia” decía, “más grande de todas  
he sido yo al pensarlo. Debía saber  
que aquí bueyes y gentes son una misma raza.”

Hemos caminado más de media hora. La  
cumbre está cercana;  
aumenta en torno nuestro el murmullo y el  
silbar del viento.  
Mi primo se detiene de pronto y se vuelve:  
“Este año  
escribiré en el letrero *Santo Síefano*  
*siempre ha sido el primero en las fiestas*  
*en el valle del Belbo*, aunque respinguen  
los de Canelli.” Y sigue subiendo la cuesta.

Un perfume de tierra y de viento nos envuelve  
en lo oscuro;  
algunas luces lejanas: granjas, automóviles

que apenas se oyen. Y pienso en la fuerza  
que devolvió a este hombre, arrancándolo al mar,  
a las tierras lejanas, al silencio que dura.  
Mi primo jamás habla de sus viajes.  
Dice parcamente que ha estado en tal o cual sitio  
y vuelve a pensar en sus motores.

Sólo un sueño  
le ha quedado en la sangre: una vez navegó  
como fogonero en un barco pesquero holandés,  
el *Cetáceo*;  
vio volar los pesados arpones al sol,  
vio huir ballenas entre espumas de sangre,  
perseguirlas, lancear sus colas levantadas.  
Me lo contó algunas veces.

Pero cuando le digo  
que está entre los afortunados que han visto la  
aurora  
en las islas más hermosas del mundo,  
sonríe al recordarlo y responde que el sol  
se levantaba cuando el día ya era viejo para  
ellos.

1930

#### LAS MAESTRITAS\*

Mis tierras de viñas, ciruelos y castaños,  
donde siempre han medrado los frutos que he  
comido;  
mis hermosas colinas dan un fruto mejor  
que el de mis sueños de siempre, el que no he  
mordido nunca.  
Cuando se tiene seis años y nos traen al campo  
solamente en verano, ya es mucho lograr  
escaparse al camino y comer fruta verde  
con muchachos descalzos que apacientan las  
vacas.  
Bajo el cielo de verano, tendidos en los prados,  
se hablaba de mujeres entre juegos y riñas  
y los otros sabían misterios y misterios  
murmurados y rientes en el ocio divino.



Por el camino, frente a la villa, aún se ven  
—los domingos— pasar sombrillitas desde el  
pueblo;  
pero la villa está lejos y ya no hay muchachos.

Mi hermana tenía entonces veinte años. Venían  
siempre  
a visitarnos, en la terraza, las bellas sombrillitas,  
claros vestidos veraniegos, palabras risueñas:  
maestritas. Hablaban quizá de libros  
que entre ellas se prestaban —novelas de  
amor—,  
de bailes y de encuentros. Yo las oía inquieto,  
sin pensar todavía en brazos desnudos,  
en cabellos soleados. Mi momento llegaba  
cuando me escogían como guía del grupito  
para ir a comer uvas sentados en el suelo.  
Se burlaban de mí. Una vez me preguntaron  
si ya tenía yo mi enamorada.  
Más bien me aturullaron. Yo andaba con ellas  
para deslumbrarlas con mi destreza al trepar un  
árbol,  
hallar hermosos racimos, correr velozmente.

Una vez encontré junto a las vías del tren  
a la más esquiwa de estas muchachas, de faz  
algo absorta,  
pero de un rubio quemado y que hablaba  
italiano.  
La llamaban Flora. Yo estaba tirándole  
piedras a las ruedas de los trenes. Mi amiga me  
preguntó  
si en casa conocían mis hazañas.  
Me quedé confundido. Y la pobre Flora me  
llevó consigo  
porque iba —me dijo— a ver a mi hermana.  
Era una tarde bella, de las primeras del verano  
y por ir un poco a la sombra y llegar más pronto  
nos fuimos por los prados. A mi lado, Flora  
me preguntaba sobre algo que ya no recuerdo.  
Llegamos a un arroyo y yo quise saltarlo:

acabé a medio arroyo, entre la hierba.  
Flora se rió en la otra orilla,  
se sentó luego y me ordenó que no mirara.  
Yo estaba agitado. Oía chapotear  
en la corriente, chapotear y me volví de pronto.  
Ágil como era y fuerte en su cuerpo escondido,  
mi amiga bajaba por la orilla, las piernas  
desnudas,  
deslumbrante. (Flora era rica y no trabajaba.)  
Me lo reprochó levemente y se cubrió pronto,  
pero reímos al fin y le tendí mi mano.  
Caminando de vuelta me sentía muy feliz.  
Al volver a casa no fui castigado.

En mi pueblo hay docenas de muchachas como  
Flora.

Son el fruto más sano de aquellas colinas;  
los parientes ricos las mandan a estudiar  
y alguna siega en los campos. Tienen rostros  
morenos  
que te miran tan serios y son tan golosos:  
señoritas que visten al estilo de la ciudad.  
Tienen nombres fantásticos tomados de los  
libros:  
Flora, Lidia, Cordelia, y los racimos de  
uva,  
las hileras de chopos no son más hermosos.  
Siempre me imagino a una de ellas diciendo:  
Mi sueño es vivir hasta los treinta años  
en una casa en lo alto de una colina  
golpeada por el viento y dedicarme tan sólo  
a las plantas silvestres que nacen allá arriba.  
Sabían bien qué cosa es la vida: en las escuelas  
pasan en medio de todas las miserias,  
las cínicas bestialidades de pequeños brutos,  
y siempre son jóvenes. De viejas...  
pero no quiero imaginarlas viejas; para mí  
siempre las tendré frente a mis ojos, mis  
maestritas,  
con bellas sombrillitas, vestidas de claro

—por fondo la colina un poco abrupta y  
quemada—  
*mi* fruto, el más bueno, que cada año renueva.

1931

#### ENCUENTRO

Estas duras colinas que hicieron mi cuerpo  
y lo sacuden con tantos recuerdos, me  
mostraron el prodigio  
de aquélla, que ignora que la vivo sin poder  
entenderla.

La encontré una noche; una mancha más clara  
bajo estrellas ambiguas, en la oscuridad del  
verano.

Había alrededor la fragancia de estas colinas,  
más profunda que la sombra, y de pronto sonó,  
como si saliera de estas colinas, una voz limpia  
y áspera a la vez, una voz de tiempos perdidos.

Ocasionalmente la veo, viviendo delante de mí,  
definida, inmutable, como un recuerdo.  
Nunca he podido aferrarla; su realidad  
me rehúye siempre y me distancia.  
Si es bella, no lo sé. Es joven entre las mujeres:  
pienso en ella y me sorprende un lejano  
recuerdo  
de mi infancia vivida en estas colinas;  
tan joven es. Es como la madrugada. Lleva en  
sus ojos  
todos los cielos lejanos de aquellas madrugadas  
remotas.  
Y tiene en los ojos un firme propósito: la luz  
más limpia  
que jamás tuvo el alba sobre estas colinas.

La he creado desde el fondo de todas las cosas  
que me son más queridas, y no logro entenderla.

1932

## GENTE DESARRAIGADA

Demasiado mar. Ya hemos visto bastante mar.  
Al atardecer, cuando el agua se extiende, pálida  
y diluida en la nada, mi amigo la contempla  
mientras yo lo miro, ambos en silencio.  
Por la noche nos encerramos en el fondo de una  
cantina,  
aislados por el humo, y bebemos. Mi amigo  
sueña  
(son un poco monótonos los sueños junto al  
rumor del mar)  
donde el agua es tan sólo un espejo, entre una y  
otra isla,  
de colinas jaspeadas de flores salvajes y  
cascadas.  
Su vino es así. Se contempla en el vaso  
levantando verdes colinas en el llano del mar.  
Me gustan las colinas y lo dejo hablar del mar  
porque su agua es tan clara que muestra hasta  
las piedras.  
Mirando las colinas me llenan cielo y tierra  
con las líneas seguras de sus flancos, cercanas o  
distantes.  
Sólo las mías son abruptas, surcadas de viñas  
fatigadas en un suelo quemado. Mi amigo las  
acepta  
y las quiere vestir con flores y frutos salvajes  
para descubrir, riendo, muchachas más desnudas  
que los frutos.  
No sucede; en mis más escabrosos sueños no  
falta una sonrisa.  
Si madrugamos mañana, estaremos de camino  
hacia aquellas colinas; podremos encontrar en  
las viñas  
una muchacha morena, tostada por el sol,  
y comenzando la conversación, comerle un poco  
de uva.

## MANÍA DE SOLEDAD

Ceno cualquier cosa junto a la clara ventana.  
El cuarto tiene ya la oscuridad del cielo.  
Al salir, las calles tranquilas conducen,  
en pocos pasos, al campo abierto.  
Como y miro el cielo —quién sabe cuántas  
mujeres  
están comiendo a estas horas—; mi cuerpo está  
tranquilo;  
el trabajo y la mujer aturden mi cuerpo.

Afuera, después de la cena, las estrellas vendrán  
a tocar  
la tierra en su extensa llanura. Las estrellas están  
vivas  
pero no valen lo que estas cerezas que como a  
solas.  
Miro el cielo, pero sé que entre los tejados  
mohosos  
ya brilla alguna luz y que abajo hay rumores.  
Un gran sorbo y mi cuerpo saborea la vida  
de las plantas y los ríos, sintiéndose apartado de  
todo.  
Basta un poco de silencio para que todo se  
detenga  
en su lugar real, como ahora mi cuerpo.  
Toda cosa se aísla frente a mis sentidos  
que la aceptan sin corromperse: un murmullo de  
silencio.  
Puedo saberlo todo en la oscuridad,  
como sé que la sangre corre por mis venas.  
La llanura es un gran correr de aguas entre las  
hierbas,  
una cena de todas las cosas. Todas las plantas y  
las piedras  
viven inmóviles. Oigo a mis alimentos nutrirme  
las venas  
de todas las cosas que viven sobre esta llanura.

No importa la noche. El cuadrado del cielo  
me susurra todos los fragores y una estrella

pequeña  
se debate en el vacío, lejana de los alimentos,  
de las casas, distinta. No se basta a sí misma,  
necesita demasiadas compañeras. Aquí, en la  
oscuridad, solo,  
mi cuerpo está tranquilo y se siente señor.

1933

#### TRABAJAR CANSA

Atravesar una calle para escapar de casa  
puede hacerlo un muchacho, pero este hombre  
que anda  
todo el día por las calles ya no es un muchacho  
y no escapa de casa.

Hay tardes de verano  
en que hasta las plazas se vacían, tendidas  
bajo el sol declinante, y este hombre que llega  
a una alameda de inútiles hierbas, se detiene.  
¿Vale la pena estar solo, para estar siempre más  
solo?

Caminar por caminar; las plazas y las calles  
están solas. Es preciso detener a una mujer,  
hablarla y persuadirla de vivir juntos.  
De no ser así, uno habla a solas. Es por esto que  
a veces  
el borracho nocturno comienza a farfullar  
y relata los proyectos de toda la vida.

No es verdad que esperando en la plaza desierta  
el encuentro se dé con alguno; pero quien va por  
las calles  
se detiene de vez en cuando. Si fueran dos,  
aun andando en las calles, la casa estaría  
donde aquella mujer y valdría la pena.  
En la noche, la plaza vuelve a quedarse vacía  
y este hombre, que pasa sin mirar las casas  
entre inútiles luces, ya no levanta sus ojos:  
sólo mira el empedrado hecho por otros  
hombres

de manos endurecidas, como las tuyas.  
No es justo quedarse en la plaza desierta.  
Es seguro que existe esa mujer en la calle  
que, rogádoselo, quisiera consolar esa casa.

1934

EL VINO TRISTE (segunda versión) \*

Lo difícil es sentarse sin hacerse notar.  
Lo demás viene por sí mismo. Tres tragos  
y regresan las ganas de pensarlo a solas.  
Se abre un fondo de zumbidos distantes,  
toda cosa se pierde y resulta un milagro  
haber nacido y mirar el vaso. El trabajo  
(el hombre solo no puede no pensar en el  
trabajo)  
vuelve a ser el antiguo destino de que es bello  
sufrir  
para poder pensarlo. Después, los ojos miran  
al vacío, dolientes, como agujeros ciegos.

Si este hombre se levanta y va a dormir a su  
casa,  
parece un ciego que perdió el camino.  
Cualquiera  
puede salir de una esquina y molerlo a golpes.  
Puede surgir una mujer y tenderse en la calle,  
joven y hermosa, bajo otro hombre, gimiendo  
como en otro tiempo una mujer gemía con él.  
Pero este hombre no mira. Se va a su casa a  
dormir  
y la vida no es más que un zumbido de silencio.

Desvestido, este hombre mostraría miembros  
extenuados  
y una cabellera brutal, alborotada. ¿Quién diría  
que a este hombre lo recorren tibias venas  
donde un tiempo la vida quemaba? Ninguno  
creería que en otros tiempos una mujer acarició  
ese cuerpo y lo besó, ese cuerpo tembloroso,

empapado de lágrimas, ahora que el hombre,  
en su casa, intenta dormir sin lograrlo y gime.

1934

CREACIÓN\*

Estoy vivo y sorprendí a las estrellas en el alba.  
La camarada continúa durmiendo y lo ignora.  
Todos los camaradas duermen. La clara jornada  
está frente a mí, más nítida que los rostros  
hundidos.

Pasa un viejo a lo lejos que va a trabajar  
o a gozar la mañana. No somos distintos,  
los dos respiramos la misma claridad  
y fumamos, tranquilos, para engañar el hambre.  
También el viejo debe tener un cuerpo puro  
y vibrante —debería estar desnudo ante la  
madrugada.

En esta mañana corre la vida sobre el agua  
y en el sol: nos circunda el fulgor del agua  
siempre joven; los cuerpos de todos se  
desnudarán.

Habrá un fuerte sol y la aspereza del mar,  
ese rudo cansancio que nos abate en el sol  
y la inmovilidad. Aquí estará la compañera  
—un secreto de cuerpos. Cada uno dará su  
propia voz.

No hay voz que rompa el silencio del agua  
bajo el alba. Nada se estremece  
bajo el cielo. Sólo una tibieza derrite a las  
estrellas.

Y se tiembla al sentir la madrugada que vibra  
totalmente virginal, como si nadie estuviera  
despierto.

1935



## MUJERES APASIONADAS

Al atardecer, las muchachas entran al agua,  
cuando el extenso mar se desvanece. En el  
bosque  
se sobresaltan las hojas mientras emergen cautas  
y se sientan en la arena de la orilla. La espuma  
dispone sus juegos inquietos en el agua remota.

Las muchachas tienen miedo de las algas  
ocultas  
bajo las olas, que enlazan piernas y espaldas:  
lo del cuerpo desnudo. Remontan, ágiles, la  
orilla,  
llamándose por sus nombres, mirando a su  
alrededor.  
También las sombras en el oscuro fondo del mar  
son enormes y se estremecen, inciertas,  
como atraídas por los cuerpos que pasan. El  
bosque  
es un refugio tranquilo bajo el sol que declina,  
más que el arenal, pero place a las muchachas  
morenas  
sentarse a la intemperie, sobre la sábana  
recogida.

Todas se acurrucan, cubriendo sus piernas  
con la sábana y contemplan el mar que se  
extiende  
como un prado en el crepúsculo. ¿Quién de ellas  
se animaría a tenderse ahora en un prado? Del  
mar  
saltarían las algas que enredan los pies  
hasta aprehender y envolver el cuerpo  
tembloroso.  
En el mar hay ojos que a veces se vislumbran.  
Aquella extranjera desconocida que nadaba de  
noche,  
sola y desnuda en la oscuridad, cuando cambia  
la luna,  
desapareció una noche y nunca volverá.  
Era alta y debía ser deslumbrantemente blanca,

porque los ojos, desde el fondo del mar,  
llegaban hasta ella.

1935

REGRESO DE DEOLA\*

Volveremos a la calle a mirar transeúntes  
y también nosotros seremos transeúntes.  
idearemos  
cómo levantarnos temprano, deponiendo él  
disgusto  
de la noche y salir con el paso de otros tiempos.  
Le daremos en la cabeza al trabajo de otros  
tiempos.  
Volveremos a fumar atolondradamente contra el  
vidrio,  
allá abajo. Pero los ojos serán los mismos,  
también el rostro y los gestos. Ese vano secreto  
que se demora en el cuerpo y nos extravía la  
mirada  
morirá lentamente en el ritmo de la sangre  
donde todo se pierde.

Saldremos una mañana,  
ya no tendremos casa, saldremos a la calle;  
nos abandonará el disgusto nocturno;  
temblaremos de soledad. Pero queremos estar  
solos.

Veremos los transeúntes con la sonrisa muerta  
del derrotado, pero que no grita ni odia  
pues sabe que desde tiempos remotos la suerte  
—todo lo que ha sido y será— lo contiene la  
sangre,  
el murmullo de la sangre. Bajaremos la frente,  
solos, a media calle, a escuchar un eco  
encerrado en la sangre. Y ese eco nunca vibrará.  
Levantaremos los ojos, miraremos la calle.

1936

## COSTUMBRES

Sobre el asfalto de la avenida la luna forma un  
lago  
silencioso y el amigo recuerda otros tiempos.  
Entonces le bastaba un encuentro imprevisto  
para ya no estar solo. Mirando la luna  
respiraba la noche. Pero más fresco era el olor  
de la mujer encontrada, de la breve aventura  
bajo escaleras inciertas. El cuarto tranquilo  
y el pronto deseo de vivir siempre allí  
colmaban su corazón. Luego, bajo la luna,  
volvía contento, con grandes pasos  
atolondrados.

Entonces era un gran compañero de sí mismo.  
Despertaba temprano y saltaba del lecho  
re encontrando su cuerpo y sus viejos  
pensamientos.

Le gustaba salir a mojarse en la lluvia  
o andar bajo el sol; gozaba mirando las calles,  
conversando con gente fortuita. Creía  
poder comenzar en cualquier oficio  
cada nuevo día, cada nueva mañana.  
Después de tantas fatigas se sentaba a fumar.  
Su más grande placer era quedarse a solas.

Envejeció el amigo y quisiera una casa  
que le fuera más grata; salir por la noche  
y quedarse en la avenida mirando la luna,  
pero hallando al volver una mujer sumisa,  
una mujer tranquila, paciente en su espera.

Envejeció el amigo y ya no se basta a sí mismo.  
Los transeúntes son siempre los mismos; la  
lluvia  
y el sol son siempre los mismos; la mañana un  
desierto.

Trabajar no vale la pena. Y salir a la luna,  
si nadie lo aguarda, tampoco vale la pena.

## SUEÑO\*

¿Aún ríe tu cuerpo a la aguda caricia  
de la mano o del aire, y a veces reencuentra  
en el aire otros cuerpos? Muchos de ellos  
regresan  
de un temblor de la sangre, de una nada.  
También el cuerpo  
que se tendió a tu lado en esa nada te busca.

Era un juego ligero pensar que algún día  
la caricia del aire podría renacer  
imprevisto recuerdo en la nada. Tu cuerpo  
se habría despertado una mañana, amoroso  
de su misma tibieza, bajo el alba desierta.  
Un agudo recuerdo te habría recorrido  
y una aguda sonrisa. ¿No vuelve aquel alba?

En el aire se hubiera ceñido a tu cuerpo  
esa fresca caricia, en la íntima sangre,  
y si hubieras sabido que el tibio momento  
respondía en el alba a un temblor diferente,  
a un temblor de la nada. Lo hubieras sabido  
como un día lejano supiste que un cuerpo  
se tendió a tu lado.

Dormías liviana  
bajo un aire risueño de frágiles cuerpos,  
de una amorosa nada. Y la aguda sonrisa  
te recorrió, abriéndote los ojos azorados.  
¿No ha vuelto más, de la nada, aquel alba?

1937

## EL AMIGO QUE DUERME\*

¿Qué le diremos esta noche al amigo que  
duerme?  
La palabra más tenue nos sube a los labios  
desde la pena más atroz. Miraremos al amigo,  
sus inútiles labios que no dicen nada,  
quedamente hablaremos.

La noche tendrá el rostro  
del antiguo dolor que cada tarde resurge,  
impasible y vivo. El silencio remoto  
sufrirá como un alma, mudo, en la oscuridad.  
Le hablaremos a la noche, que levemente  
respira.

Oiremos los instantes goteando en lo oscuro,  
más allá de las cosas, en la ansiedad del alba  
que vendrá de improviso esculpiendo las cosas  
contra el silencio muerto. La luz inútil  
develará la faz absorta del día. Los instantes  
callarán. Y hablarán quedamente las cosas.

1937

#### EL PARAÍSO SOBRE LOS TEJADOS

Será un día tranquilo, de luz fría,  
como el sol que nace o que muere, y el vidrio  
guardará el aire sucio del cielo exterior.

Un día nos despertarán, de una vez para  
siempre,  
en la tibieza del último sueño: la sombra  
será como la tibieza. Llenará la alcoba,  
a través del ventanal, un cielo más grande.  
De la escalera que se subió para siempre  
no vendrán más voces ni rostros muertos.

No será necesario abandonar el lecho.  
Sólo el alba entrará en la alcoba vacía.  
Bastará la ventana para vestir cada cosa  
de una claridad tranquila, casi una luz.  
Los recuerdos serán unos grumos de sombra  
agazapados como brasa vieja  
en el fogón. El recuerdo será la llama  
que aún ayer mordía los ojos apagados.

1940

LA CASA\*

El solitario escucha la voz calma  
con la vista entornada, como si una respiración  
alentara en su rostro, una respiración amiga  
que remonta, increíble, del tiempo lejano.

El hombre solo escucha la voz antigua  
que sus padres oyeron en otros tiempos, clara,  
cosechada; una voz que como el verde  
de los pantanos y colinas oscurece la tarde.

El hombre solo conoce una voz de sombra,  
acariciante, que brota en los tonos tranquilos  
de un oculto venero: la bebe atento,  
a ojos cerrados, como si no estuviera a su lado.

Es la voz que un día detuvo al padre  
de su padre y a todos los de su sangre muerta.  
Una voz de mujer que suena secreta  
en el umbral de la casa al caer la oscuridad.

1940

TÚ TAMBIÉN ERES COLINA\*

Tú también eres colina  
y sendero de piedras  
y juego entre las cañas  
y conoces la viña  
que calla de noche.  
Tú no dices palabras.

Hay una tierra callada  
pero no es tierra tuya.  
Hay un silencio que dura  
en plantas y colinas.  
Hay campiñas y aguas.  
Eres silencio cerrado,  
que no cede; eres labios  
y ojos oscuros. Eres la viña.

Es una tierra que espera  
sin decir una palabra.  
Han pasado los días  
bajo cielos ardientes.  
Tú has jugado a las nubes.  
Es una tierra mala  
—y tu frente lo sabe.  
Esto también es la viña.

Reencontrarás las nubes,  
el cañizal y las voces  
como una sombra de luna.  
Reencontrarás palabras  
allende la vida breve  
y nocturna de los juegos,  
allende la encendida infancia.  
Será dulce callar.  
Eres la tierra y la viña.  
Un silencio encendido  
quemará la campiña  
como fogatas nocturnas.

1945

Y ENTONCES NOSOTROS, LOS VILES\*

Y entonces nosotros, los viles  
que amábamos la noche  
murmurante, las casas,  
los senderos del río,  
las sucias luces rojas  
de esos lugares, el dolor  
silencioso y mitigado  
—arrancamos la mano  
de la viva cadena  
y callamos, mas el corazón  
sobresaltó nuestra sangre,  
terminó la dulzura,  
se acabó el abandono

en el sendero del río—  
ya no siervos, supimos  
estar solos y vivos.

1945

VENDRÁ LA MUERTE Y TENDRÁ TUS OJOS\*

Vendrá la muerte y tendrá tus ojos  
—esta muerte que nos acompaña  
de la mañana a la noche, insomne,  
sorda, como un viejo remordimiento  
o un vicio absurdo. Tus ojos  
serán una palabra hueca,  
un grito ahogado, un silencio.  
Así los ves cada mañana  
cuando a solas te inclinas  
hacia el espejo. Oh querida esperanza,  
ese día también sabremos  
que eres la vida y la nada.

Para todos tiene la muerte una mirada.  
Vendrá la muerte y tendrá tus ojos.  
Será como dejar un vicio,  
como mirar en el espejo  
asomarse un rostro muerto,  
como escuchar un labio cerrado.  
Nos hundiremos en el remolino, mudos.

1950

LAS MAÑANAS TRANSCURREN CLARAS\*

Las mañanas transcurren claras  
y desiertas. Así se abrían tus ojos  
en otro tiempo. La mañana  
fluía lentamente, era una gorga  
de luz inmóvil. Callaba.  
Tú callabas, viva. Las cosas  
existían bajo tus ojos



(sin pena, sin fiebre, sin sombra)  
como un claro mar en la mañana.

Luz, donde estás tú está la mañana.  
Tú eras la vida y las cosas.  
Despiertos en ti respirábamos  
bajo el cielo que perdura en nosotros.  
Sin pena, sin fiebre entonces,  
sin esta pesada sombra del día,  
poblado y distinto. Oh luz,  
claridad lejana, aliento  
vehemente: vuelve tus ojos  
inmóviles, claros, hacia nosotros.  
La mañana que pasa es oscura  
sin la luz de tus ojos.

1950

THE CATS WILL KNOW\*

Aún caerá la lluvia  
sobre tus dulces empedrados,  
una lluvia ligera  
como un aliento o un paso.  
Aún la brisa y el alba  
florearán ligeras  
como bajo tu paso,  
cuando tú vuelvas.  
Entre alféizares y flores  
los gatos lo .sabrán.

Llegarán otros días,  
llegarán otras voces.  
Sonreirás a solas.  
Los gatos lo sabrán.  
Oirás palabras antiguas,  
palabras huecas, cansadas,  
como trajes arrumbados  
de las fiestas de ayer.

También gesticularás,  
responderás palabras  
—rostro de primavera,  
también gesticularás.

Los gatos lo sabrán,  
rostro de primavera.  
Y la lluvia ligera,  
el alba color de jacinto  
que rasgan el corazón  
de quien más ya no espera,  
son la sonrisa triste  
con que sonríes a solas.  
Llegarán otros días,  
otras voces y despertares.  
Sufriremos en el alba,  
rostro de primavera.